

Revista **Lotería**

No. 374, Octubre-Noviembre y Diciembre 1988



INDICE

- **PORTADA**
- *Retrato de Miguel Mejía Dutary* 3
- **EDITORIAL**
- *Homenaje a Miguel Mejía Dutary* 4
- **SELECCION DE ESCRITOS DE MIGUEL MEJIA DUTARY**
- *Andrés Bello y la Integridad Cultural y Política de Hispanoamérica, por Miguel Mejía Dutary* 5
- *Homenaje a Cervantes, por Miguel Mejía Dutary* 9
- *Reflexiones sobre los rasgos predominantes en la Novela de América Española, por Miguel Mejía Dutary* 13
- *De Bernal Díaz del Castillo a Rubén Darío, por Miguel Mejía Dutary* 18
- *Homenaje a Don Nicolás Victoria Jaén, por Miguel Mejía Dutary* 30
- *Disertación en la inauguración de la Semana del Idioma, por Miguel Mejía Dutary* 36
- *Discurso en ocasión del Aniversario del Instituto Nacional, por Miguel Mejía Dutary* 40
- *Qué debe ser la Escuela secundaria, por Miguel Mejía Dutary* 44
- *Prólogo I a Páginas de Educación de Francisco S. Céspedes, por Miguel Mejía Dutary* 50

- *Prólogo II a Páginas de Educación de Francisco S. Céspedes, por Miguel Mejía Dutary* 53

ENSAYOS Y MONOGRAFÍAS

(en Homenaje a Miguel Mejía Dutary)

- *La vida y la obra de Miguel Mejía Dutary, por Mario Augusto Rodríguez* 55
- *Requiem para un Hombre, por Pablo Pinilla Chiari* 69

- *Elogio de Miguel Mejía Dutary, por Rodrigo Miró* 74
- *Miguel Mejía Dutary, por Julio Pinilla Chiari* 80

CRÍTICA LITERARIA

- *La Rueda Dentada: La invención de Guillen, por Pedro Correa Vásquez* 82
- *Planes y Sorteos de la Lotería Nacional de Beneficencia* 99

A NUESTROS COLABORADORES

La Revista Lotería agradece el constante interés de los intelectuales, artistas, académicos, estudiantes y otros escritores por hacernos llegar aportaciones de diferentes géneros. Pero debemos advertir que, de acuerdo con normas universalmente aceptadas, la Revista no se hace responsable ni sostiene correspondencia acerca de las colaboraciones no solicitadas que, por cualquier razón o motivo, no puedan ser publicadas. A los interesados se les informa que las colaboraciones para publicación en la Revista Lotería deben ser inéditas.

EL EDITOR

Nuestra Portada

MIGUEL MEJIA DUTARY
(1906 - 1988)

La Lotería Nacional de Beneficencia rinde especial y merecido homenaje a Miguel Mejía Dutary, a través de la Edición No. 374 de la Revista Lotería. Académico de la Lengua, Catedrático universitario, autor de numerosas obras de gramática, de crítica literaria, de educación y, sin lugar a dudas, una de las figuras más importantes de la cultura nacional.

Homenaje a Miguel Mejía Dutary

La profunda crisis que padece nuestro país, en materia de tanta importancia y trascendencia como lo es la educación, hace imprescindible y urgente que volvamos la mirada hacia aquellos educadores que en el ejercicio de tan noble profesión, se consagraron por su dedicación sin desmayos y por su interés siempre renovado por cumplir su misión de forjadores de nuestra niñez y nuestra juventud, sobre las cuales supieron volcar la benéfica influencia de sus enseñanzas.

Miguel Mejía Dutary, maestro de maestros, ocupa sitio de primera línea entre estos educadores que jalonan el sendero de la educación en Panamá, con las luces inextinguibles de sus obras; plasmadas no sólo en los libros que escribieron sino en ese otro libro grande, noble, de vigencia permanente, en cuyas páginas quedó impresa no sólo la profundidad de sus conocimientos sino la amplia vastedad de su sabiduría aplicada en el trato cotidiano con la sensible, inquieta y siempre promisoría población estudiantil de nuestras escuelas y colegios.

La Lotería Nacional de Beneficencia recoge en este número de su revista, como en un breviario, algunos aspectos de la labor del Profesor Miguel Mejía Dutary, así como algunas opiniones que hacen justicia a quien supo con su palabra, sus consejos y su ejemplo, demostrar la sinceridad de sus convicciones cuando dijo, para hacer realidad sus expresiones, que "La Juventud no necesita frenos, sino estímulos".

MIGUEL MEJIA DUTARY

Andrés Bello y la Integridad Cultural y Política de Hispanoamérica

Generalmente, los hispanoamericanos reverenciamos, como semi-dioses, a los héroes de la acción militar y política, y relegamos a una segunda, tercera y hasta cuarta posición a los héroes de la acción cultural.

Aunque la trinidad insigne en el campo de las armas: Bolívar, San Martín, Sucre han traspasado los límites de las fronteras patrias, son siempre héroes nacionales que despiertan celos y recelos en los admiradores de otros adalides.

¿No se podría, en cambio, en el campo de la cultura, unirnos bajo la sombra de una figura que simbolizase el afán de Hispanoamérica de lograr su liberación espiritual, la aspiración de presentarse a los ojos del mundo con su propia personalidad?

Incuestionablemente hay la figura hecha de madurez y sabiduría. Voz serena y ancha. El índice armonioso y tranquilo que ha señalado el remanso de paz y el deber de servirla ordenada y constructivamente: Bello. Por ello es Andrés Bello el que mayores títulos ostenta para encarnar la liberación cultural de Hispanoamérica. Porque por encima de su nacimiento en Caracas, o de su actividad en Londres o su magisterio en Santiago, la totalidad de su obra tiene una significación americana sin restricción ninguna. Su **Biblioteca Americana** o su **Repertorio Americano** con que deseaba traer al nuevo mundo toda la cultura que se elaboraba en la Europa de su tiempo, así como su producción desde la **Alocución a la poesía** en la que invitaba a la musa a abandonar la culta Europa y dirigirse al mundo de Colón o la **Silva a la agricultura de la zona tórrida**, en que supo hallar motivos

de inspiración en nuestra naturaleza tropical y augurar, bajo la acción del trabajo de la tierra y las artes de la paz, un futuro próspero a nuestras jóvenes naciones, hasta su Código Civil o su Gramática Castellana, toda su obra está inspirada en América, está dirigida y dedicada a América.

Para Bello, como para todos los hombres de la emancipación, nuestra América era toda una. Soñaban y luchaban, servían y creaban no fraccionando a su América, sino universalizándola como unidad vital. Y si intereses regionales y ambiciones caudillistas segmentaron y resquebrajaron el mundo hispanoamericano, ha quedado intacta la unidad de la lengua, la unidad cultural.

En Bello podemos simbolizar simultáneamente la unidad de la cultura y la vocación humanista de América. Otros próceres americanos habrán alcanzado mayor altura o más profundidad en algunas áreas del pensamiento, de la acción o de la inspiración. Quiero señalar con esto las egregias figuras de Sarmiento, Martí y Rubén Darío. Pero ninguno de nuestros eximios varones se nos presenta con su talla.

La obra de Bello que se difunde en la América del sur desde Chile hasta el norte, enseña a bien decir a los pueblos de su linaje. El educador que había en él no tarda en percibir que acaso la primera necesidad de aquella república era aprender a leer; y que los que sabían, leyeran. El gramático que había en él observó pronto que el español que allí se hablaba era menesteroso y necesitaba corrección. Y puso manos a la obra con ejemplar asiduidad.

Andrés Bello fue capaz, de abarcarlo todo: los principios de la convivencia social y la armonía de las naciones; los fundamentos de nuestro sentir y de nuestro pensar; la estructura de la oración gramatical y los secretos de la versificación. Y a la par de su extraordinaria labor de enciclopedistas, una alta inspiración poética lo llevaba a cantar a la naturaleza americana y a trasladar a nuestra lengua, en pulcro verso castellano, preciadas joyas de los grandes poetas europeos y a los clásicos latinos Virgilio y Horacio.

Bello fue un libertador de la cultura de Hispanoamérica y debe ser el símbolo vivo de nuestra independencia espiritual.

Andrés Bello, además, dejó un incitativo mensaje dirigido a sus hermanos, los habitantes de Hispanoamérica en los versos de su *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, publicada en *El repertorio americano*, en 1826 cuando todavía se hallaba en Londres.

Aunque el título es abarcador no deja adivinar cuanto atesora. Porque no se limita a ser un poema descriptivo. No es sólo una glorificación del suelo y de la flora de un mundo nuevo para promesa y beneficio del hombre nuevo de América. Es repertorio de advertencias, admoniciones, consejos y esperanzas con la visión de una patria común justa, útil, universal y próspera.

La permanencia de Bello en Londres en contacto con la vida inglesa, rica en libertades civiles, amiga de la ecuanimidad, morada del derecho, enseñábele diafiamente que el respeto a esas instituciones no marciales es tan digno del estímulo y de la inmortalidad como las pasmosas hazañas de los capitanes que cruzaron los Andes y vencieron en Boyacá, Maipo, Junín y Apuríma.

Cuando no se ha extinguido el fragor de la última batalla por la independencia; cuando todavía están ardorosos los héroes y los campos inflamados durante dieciséis años de guerra, humeantes, convoca Bello al Ángel de la Paz. Adelanta la visión de un mundo esplendoroso cuando parezca.

La libertad más dulce que el imperio
y más hermoso que el laurel la oliva.

porque

Allá también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra.

Será preciso restaurar con espíritu fraterno. Mover el molino, tajar el bosque, abrir arterias vitales hacia el porvenir. La guerra ha poblado de ruinas la tierra, haciéndola cenizas:

de la dicha mortal, burla del viento.

Mas brota la esperanza: que nace la primera flor, bella a la vista, del maltratado suelo.

El poeta, por lo general frío, tiene a veces la ternura de quien anima la naturaleza, amándola en el agricultor digno de la divina merced:

Su rústica piedad, pero sincera,
halle a tus ojos gracia: no el risueño
porvenir que las penas le aligera,
cual de dorado sueño
visión falaz, desvanecido ñlore;
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión; el diente impío
de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,

ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.

Pide, reiteradamente, que encierre en el más profundo abismo a la nefasta guerra; que la azorada inquietud deje las almas. Porque son incontables las proscipciones, los suplicios, las orfandades, las muertes.

Establece en la Silva un concierto entre la agricultura y la paz, entre el campo y el buen gobierno, entre la poesía y la esperanza de virtudes cívicas que puedan crear una América prócer. Pocas veces llegó la razón tan alto para servirle a toda la familia de los pueblos hispánicos.

De haber escuchado la orientación de Bello, menos hubieran sido las pugnas que habrían de surgir después entre unas y otras repúblicas de nuestra América y entre los propios hijos de más de una de ellas. Porque casi no ha habido década a partir del término de las guerras de independencia hasta el presente, sin disputas fronterizas o sin que un dictador -y varias veces un déspota, un criminal- manche la historia del mundo que soñó Bello para el orden y la libertad, para la justicia y la paz.

Por ello todavía puede ser provechoso el mensaje fervoroso de Bello. Provechoso si los versos de la Silva se leen no como un modelo retórico, sino como índice paradigmático del comportamiento que se debe seguir, de la norma que se debe imitar. Porque aún existen conflictos que dividen en tierras unidas por la geografía, la historia y la lengua. Porque no ha prosperado aquel desinterés de americanos continentales sentido por Miranda y Bolívar, Bello y Hostos, San San Martín y Martí, Alfaro y Egaña.

Andrés Bello sintió doblemente la unidad hemisférica: en la política y en la lengua. La segunda se recuerda en su gramática, insuperada como descripción sincrónica del sistema español, y por eso decía en su prólogo de esta obra: "Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza como medio providencial de comunicación y vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes". Fue -como Rafael Angel de la Peña, Rufino J. Cuervo y Marcos Fidel Suárez, de los que la enseñó en su tiempo magistralmente. La segunda sigue aguardando a que las conciencias de buena voluntad no se detengan en la letra de la Silva, sino que penetren en la entraña de su espíritu para darle vigencia permanente.

Homenaje a Cervantes ()*

Señores:

Tócame, en representación de la Universidad de Panamá, decir unas palabras en este homenaje a Cervantes a los trescientos cuarenta y cuatro años de su muerte.

Me acojo a la licencia que da su autor en el prólogo a la Primera Parte del Quijote, cuando, después de eximir al lector "*de todo respeto y obligación*" le autorizaba de este modo: "*Puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor a que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres de ella*", para glosar unas cuantas ideas en torno a la obra cervantina y su creador, ya que el hondo misterio psicológico que Don Miguel infundió a sus criaturas, deja todavía amplias posibilidades a la especulación.

Una larga y dolorosa novela fue la vida de Cervantes. Sus obras, nacidas de su propia y voluntaria inspiración, recogen y decantan ideas y aspiraciones de un singularísimo período de la vida de España.

Sobre la inmortal obra de Cervantes se han escrito sinnúmero de ensayos, que concuerdan por lo general en reconocer en el Quijote, a la vez, el doble carácter de una inspiración nacional y universal. España revive íntegra en sus sentimientos permanentes hereditarios y en las formas adquiridas en siglos anteriores. El resto de la humanidad se mira en sus principios, en su traza inmortal.

* Discurso pronunciado ante la estatua de Cervantes, en el Campus de la Universidad de Panamá, el 23 de abril de 1960.

La explícita declaración del prólogo de *“deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías”*, fue superada. La sátira se convirtió en lucha inexorable entre las aspiraciones ideales y las exigencias de la realidad. La evidente locura del buen hidalgo rebasa la de otros batalladores esforzados. El desequilibrio entre la realidad y los sueños se manifiesta con exceso de energías. La vitalidad del héroe se ofrece generosa. El desasosiego del hombre enamorado, las ideas políticas, el desenfado en la crítica literaria suponen la descarga de un potencial humano difícil de ser identificado en un solo hombre. Quizá por eso la figura de Alonso Quijano el bueno ha ido adquiriendo, con el correr del tiempo, la calidad de símbolo, magnífico como ideal, difícil, sin embargo, como realidad asequible.

El héroe de Cervantes vive entre libros. Sus ojos se tienden hacia la llanura dilatada en la que el sol quiebra sus rayos. Los caminos de herradura se encaraman en pequeños alcores. Cuando el hidalgo vuelve a la casona de su lugar de la Mancha, los libros saben decirle, no la apretada erudición que llena el cerebro, sino la generosa fantasía, que dispara el corazón, de las esforzadas hazañas de Amadis, doncel del mar y caballero de la verde espada. Y tal vez en horas de insomnio lea aquella Diana y se enamora de la heroína de la mejor de las novelas pastoriles españolas, obra inacabada, notable por la facilidad y armonía de la versificación.

En el momento en que el cura y el barbero hacen el donoso y grande escrutinio en la librería del hidalgo manchego, aparecen los títulos que sintetizan uno de los capítulos más interesantes de la literatura: Florismarte de Hircania, El caballero Platir, Espejo de caballerías; la brillante familia de los Palmerines, las Ninfas de Henares, La Galatea, El pastor de Fílida, La Diana de Jorge Montemayor, etc.

La vida de Don Quijote se orienta según el animoso ejemplo de los caballeros. Su locura, ajustada con el signo de la actividad, le lleva a recobrar en el instante mismo del fracaso. Su energía desbordante exigía la fórmula literaria en la que el humor, la sátira y la armonía estableciesen un trasfondo sobre el que se proyectase la figura del hombre que vive buscando su propia muerte.

Vivir una vida soñada y alcanzar los umbrales de una muerte personal, típica, saltando las tramas uniformes y previstas constituye lo cotidiano de las individualidades heroicas. He ahí uno de los aspectos de la singular figura lanzada al mundo de la fantasía por Cervantes.

Interesa la actitud de Don Quijote respecto a la muerte. Por mucho tiempo se ha dicho que el temor a la muerte es un error que la

razón humana ha de superar, cosa que se ha intentado por diversas formas. Unas, a la manera de Sócrates, afirmando que el morir es como quedarse dormido, o como un paso a otra vida en la cual ha de haber objetivos. Otras, demostrando la incompatibilidad del alma con la muerte. Y esto, sin olvidar la posición del epicúreo a quien "no le va nada con la muerte". Consideraciones, en suma, que pretenden suprimir el verdadero sentido biológico del acabamiento de la vida.

Don Quijote muere abdicando de su locura. Su verdadera vida termina antes de morir. Todo el mundo de los sueños se le desvanece. Y, sin embargo, como desencantada imagen del propio Cervantes, oye, todavía deslumbrado, las palabras de Sancho: *"No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir... vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada..."*

Posiblemente sobre la dudosa lamentación de Sancho, don Quijote llega a soñar otra locura ¡Hacerse pastor y animar un mundo inédito de aventuras ideales!

Cervantes, el hombre que en sus años mozos escribiera la Galatea, pone en boca de sus criaturas predilectas esa nostalgia de la vida pastoril, entre cabreros y vaquerías, en los prados y arroyos.

De aquí que Galatea, heroína de la obra, escrita "habiendo apenas salido de los límites de la juventud", encarna el tipo de mujer al que Cervantes se refiere, como una querida resonancia, con visible reiteración.

Galatea es una especie de símbolo de claridad y brillo. La pastora de luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parece tener envidia, hace válida, con un marcado reflejo renacentista, la concepción platónica del amor, en cuanto supone un particular deseo de belleza.

Las ideas neoplatónicas circulan profusamente por Europa y se popularizan con los Diálogos de Amor de León Hebreo de quien, según los críticos, asimiló Cervantes estos principios y a quien cita con donosas palabras en el prólogo del Quijote: *"Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana toparáis con León Hebreo, que os hincha las medidas"*.

Esto explica que las mujeres de Cervantes se expresen y obren, por lo general, según pautas de ideal perfección. Y así, entre los gru-

pos de rufianes se destacan ilustres fregonas, gitanas de ingenio, mozas de peculiar belleza e inteligencia.

La idea neoplatónica está presente a lo largo de la mayor parte de la obra cervantina. El impulso amoroso necesita la perfección del amante. Por eso la urgencia de idealizar los tipos femeninos, casi divinizarlos, para que sea el suyo una especie de amor divino, una tendencia de lo superior y perfecto hacia lo inferior e imperfecto. Precisamente por no darse esta circunstancia resulta imposible y casi grotesco el amor de Dulcinea. La moza aldeana no sabe rodearse de la indispensable superioridad. Y el amor de don Quijote resulta, no ya platónico, sino un deslumbrante chispazo de locura al borde del ridículo.

Cervantes ensaya la creación de arquetipos de mujeres que justifiquen los fundamentos neoplatónicos; la curiosidad y admiración como acicates; la imagen, contemplada desde el punto de vista de lo eterno; el amor, dirigiéndose hacia el modelo ideal para llegar más allá del ser, al bien, indiscutible venero de belleza.

La forma lidiando con la materia y hermo세ándola en distintos grados, he ahí un problema de estética resuelto en la Gitanilla, la Galatea y el Persiles y Segismunda.

Un análisis minucioso de la producción de Cervantes nos descubriría en su pensamiento la proyección de los diálogos de Platón, la doctrina de la belleza y del amor expuesta en el Pecho, el Banquete y el Ión.

Quien con amor y humildad se acerque a la obra de Cervantes descubrirá el rumor del genio. Admirable sortilegio el de sus libros. Inmensos, como el mar, dejan que el que se adentra en su lectura descubra sus personales deseos. Sin duda, el hombre ve en las cosas su propia imagen. Quizá las palabras valgan como estímulo de vibración personal. Enamorarse de Dulcinea es siempre un callado anhelo. Seguir los pasos de don Quijote, sueño fracasado, inédito con mucha frecuencia.

(Tomado de "CUADERNOS DE LAS FACULTADES: Facultad de Filosofía, Letras y Educación". Editado por la Oficina de Información y Publicaciones de la Universidad de Panamá. Impreso en la Imprenta Nacional. Agosto de 1960. Páginas 5 a 9).

*Reflexiones sobre los Rasgos Predominantes
en la Novela de la América Española.*

En las últimas décadas la novela se ha hecho centro de la atención de historiadores y críticos de la literatura hispanoamericana. Y uno de los problemas que más parece preocuparles es el de los rasgos que más adecuadamente la caracterizan y distinguen, aquéllos que la hacen el género más representativo de la vida americana, su expresión más directa. En torno a cuestión de tanto interés quiero hoy hilvanar unas cuantas consideraciones.

En la novelística de Hispanoamérica se define y limitan en un espacio de precisión regional o nacional personajes, sucesos, problemas. La gran novela de nuestro continente es con frecuencia específicamente americana en lo que atañe a su contenido; lo propio, así sea en la pintura del ambiente como en los mismos caracteres humanos y en los conflictos morales o sociales que plantea, condiciona y circunscribe lo humano universal al peculiar ámbito geográfico.

La novela romántica o la suprarrealista son afectadas en menor proporción por fenómenos de limitación territorial, de identificación con la geografía espiritual, aproximándose a la universalidad de lo humano, sea por vía sentimental o intelectual. En cambio el relato realista, dando a esta expresión un significado más lato que la de una particular escuela literaria, se presenta siempre en aquellas condiciones de consustanciación geonacionales ya mencionadas.

Un ligero examen de las más representativas producciones novelescas americanas o el análisis de ciertos rasgos comunes, propios de ellas, hará aflorar la convicción de cómo los caracteres humanos y los conflictos morales que en ellas se plantean, están fundamentalmente

implicados en la realidad telúrica y social del medio y sólo tienen sentido en vista de esa realidad. Los tipos humanos reducidos a simples accidentes; sus acciones viven apagadas a la sombra de acontecimientos geográficos más influyentes y definitivos, los cuales intervienen en una suerte de existencia y dinamismo imponentes.

Su interés humano, fuera de América misma, en ocasiones fuera de su país o región, está en la copia genuina de ese medio, extraño para el europeo o estadounidense, sugestivo por su recio colorido regional. De ahí que la novela americana interese en razón directa de la fuerza de su colorido, de su pintura, en paisaje, costumbres, caracteres y no en virtud de la profundidad pasional o de la grandeza de la idea.

Es cierto que el sentido y valor de universalidad de lo propio, en la novela, se logra, no eludiéndolo para manejar un inocuo cosmopolitismo literario sin rigor, sino, al contrario, ahondando en ello hasta tocar las raíces universalmente humanas de su realidad concreta, que sin duda alguna se hallan en el fondo de todo ser, o en términos novelísticos, de todo personaje, dentro de la encarnadura del tipismo nacional o regional más particular. Porque, ¿adónde va el hombre que no lleve consigo su arquetípica naturaleza de tal, sus pasiones, sus pecados, sus virtudes, su lucha eterna entre su bien y su mal, eso que identifica a un alemán, y a un chino, a un indio con un londinense? En algunos casos, pocos, justo es reconocerlo, la novela de Hispanoamérica ahonda hasta allí en el alma de sus personajes y en la significación de sus hechos.

Parecería que esa primordial identidad genérica de su naturaleza, bastaría para dar a toda modalidad típica nacional o regional su contenido y su valor de universalidad humana, siendo lo característico su accidente. Y así es en última instancia. Pero no se trata de esa última instancia filosófica, sino del predominio absorbente que, en la concepción y en la composición novelesca asume el elemento típico regional, anteponiéndose y relegando las figuras humanas en la determinación del sentido y la peculiaridad. En la novela de nuestro continente lo universal se da en función de lo individual regional o nacional. **Doña Bárbara** o **Don Segundo Sombra**, **La Vorágine** o **El mundo es ancho y ajeno**, representan, encarnan el tipo de un medio telúrico y social determinado: el llano o la pampa; la selva tropical o la puna andina. Son formas y símbolos de una realidad regional. No es que en el fondo no sean humanos, es que sus personajes son vitalizaciones de la naturaleza, su humanidad opera en función de un medio geográfico y social circunscrito. Y son estos grandes símbolos que reencarnan lo que se pudiera llamar la geografía espiritual de los ingentes

hechos naturales, actuantes y operantes, en la vida del continente, los que dan carácter y sentido a la obra. **El Quijote**, por ejemplo, es el libro más español que exista; todo el carácter, el color, el estilo de vida de la España de su época está en él, componiendo uno de los más cabales cuadros de ambiente; pero Don Quijote mismo, como personaje conforma un arquetipo humano universal, cosa que, salvando distancias, no ocurre en aquellas y otras novelas americanas.

Escritores estadounidenses han observado, asimismo, como rasgo predominante en la narrativa hispanoamericana *"un persistente culto a la violencia, no sólo porque los acontecimientos dramáticos de los relatos comprenden hechos sangrientos, sino, y aún más, por la evidente predilección por lo brutal. Los colores de la novela latinoamericana son agrios, sombríos; hay innumerables pendencias y acuchillamientos, peleas de borrachos, brutales castigos, homicidios provocados por el adulterio y la venganza. El aborto y el sadismo dejan su trazo. Casi invariablemente la acción es áspera, primaria, de duras y crueles tonalidades. Pocos escritores latinoamericanos buscan un personaje en las clases cultas; prefieren gauchos, obreros de las selvas tropicales, indios, mestizos, peones, prostitutas. El protagonista corriente es ignorante, primitivo, semisalvaje, inseparable del cuchillo y del aguardiente, presa de oscuras e incontrastables pasiones"*. Tales observaciones de innegable objetividad son veraces para la mayoría de la narrativa hispanoamericana; pues existen valiosas y notorias excepciones en esa caracterización común. Pero la razón de la cita es comprobar que tales caracteres de la narrativa de nuestros países provienen del influjo predominante que la realidad territorial, primitiva, ejerce sobre la obra literaria, al punto de convertirse en lo fundamental e intrínseco de su expresión. Si esa literatura resume un estado de primitividad, de barbarie, es que tal es el de la mayor parte del continente en su interior. Y es esa realidad territorial lo que pesa sobre el ánimo de esos escritores narrativos, como materia original, desplazando los motivos de la vida civilizada de los núcleos de las ciudades, porque los suburbios con su colorido particular y su elementalidad psicológica, pertenecen al territorio, y como tales, son también tema predilecto de la novelística de la América Hispana.

Ese dominio de la tierra, se hace más directo y terrible a medida que las escuelas literarias evolucionan del subjetivismo romántico a la objetividad realista. El romanticismo convierte las pulcras normas académicas en imágenes imitadas de Chateaubriand donde los salvajes toman los colores grandiosos, pero sentimentales de la pasión y del idilio. Así se ve en **Cumandá** y en **Tabaré**. Esta escuela descubre, es cierto, el paisaje americano, aunque sintiéndolo a su manera. La fría decoración de los clasicistas adquiere estremecimiento, patetismo;

pero es visto a través de su propio estado de espíritu como escenario en donde se representa su drama caballeresco. Entre la realidad geohumana original del continente y el ojo del escritor se interponen las imágenes de Chateaubriand o Byron, Hugo o Zorrilla.

No es que los realistas estén libres de influencias literarias. En ciertos aspectos las sufren como los románticos las suyas; pero las normas mismas de la escuela les exigen una objetividad más directa. Por otro lado ha de reconocerse que la autenticidad geohumana ha aumentado en los tiempos del realismo. Con el realismo aparecen en la narrativa los grandes problemas sociales del continente, que el romanticismo no sentía sino bajo la forma de lo sentimental; lo territorial ya no sólo determina costumbres y caracteres, sino también conflictos de índole sociológica tal como se presenta en su expresión contemporánea tal vez más completa: **Doña Bárbara**.

Sentadas las anteriores premisas cabe preguntar: ¿Cuál puede ser el sentido último, más recóndito y esencial, de esta literatura novelesca? En general, la novelística de Hispanoamérica refleja el esfuerzo y proceso de adaptación del hombre a las condiciones de una realidad telúrica e históricamente dada, propia del continente, con sus variantes regionales; en lo geográfico, conflicto y adaptación del hombre con respecto a la naturaleza, cuyas poderosas fuerzas telúricas van modelando en gran parte su personalidad y sus hábitos; en lo histórico, conflicto y adaptación de la cultura occidental moderna a las viejas estructuras psíquicas y sociales de la tradición colonial, la que, a su vez, y en relación con los factores territoriales, han forjado hereditariamente, en parte, costumbres e idiosincrasia. Del juego de estos elementos se compone toda la novelística del siglo XIX y la inmensa mayoría de la del XX. Lo fundamental ha sido en ella la búsqueda de lo individual y su expresión, en consonancia con la busca y singularidad de las naciones americanas. La novela muestra las vicisitudes del hombre americano en su lucha con la circunstancia histórica, geográfica, social y económica en que le tocó actuar. Forma al individuo en un mundo dado y lo hace intérprete de ese mundo y de sí mismo. Si se proyecta hacia el pasado, lo hace porque tiene errores que enmendar o modelos que proponer. Sin embargo, muy poco es lo que tiene que hacer en esto: la novela propiamente histórica de la América española es mediocre. En cambio ha dado frutos de perduración en el cuadro de costumbres y en la novela sociológica ya regionalista, ya indigenista, ya meramente ambiental. En este sentido el ejemplo máximo lo constituye Sarmiento con su **Facundo**, donde la ficción se confunde con la meditación sociológica, por tanto más ensayo que novela. Es la más viril protesta del hombre frente a la barbarie, de la cultura frente al desierto, del ser frente a la nada: la experiencia más

rica del ser americano en su apetencia de cultura y en su indispensable y permanente forcejeo por consolidar lo que va naciendo en lo universal.

Tan dominante como la presencia absorbente de la naturaleza es, en la tradición novelística americana, la preocupación social, la actitud crítica que manifiestan las producciones, su función instrumental en el proceso histórico de las naciones nuestras. La novela ha sido en el medio americano documento denunciador, cartel de propaganda doctrinal, llamamiento a las masas lectoras para que actúen en la solución de los más urgentes problemas sociales. Todo esto ha impuesto como necesidad ineludible el empleo del lenguaje común, el más accesible a todos y, muchas veces la copia fiel del habla de los grupos más explotados e incultos. Por eso hay que admirar al novelista cuando sin perjuicio de la trascendencia política y social, logra una auténtica obra de arte.

No ha faltado en Hispanoamérica, aunque sin constituir una tradición, la novela concebida como creación pura de una realidad ficticia, como exploración de los planos conscientes y subconscientes del hombre. Tal son los casos de Pedro Prado, en *Alsino*, Eduardo Barrios en *Los hombres del hombre*, Eduardo Mallea en *Todo verdor perecerá* y Jorge Luis Borges en *Ficciones*. En estas circunstancias el novelista se ha visto obligado a crear un nuevo lenguaje, un peculiar sistema de símbolos y metáforas, elaborando así un estilo original que es mucho más difícil de alcanzar en la obra que se ciñe ajustadamente a la realidad social y a la expresión lingüística de todos.

Una postura inteligente frente a esta ruptura radical, en dos planos opuestos, de la novela americana, estaría no en exaltar la novela concebida como pura obra de arte a costa de la que se adhiere a la realidad social, ni rechazar aquélla en supuesto beneficio de ésta, sino el aprovechamiento mutuo de sus más logrados frutos: la novela realista, debe reconocer y utilizar las conquistas formales lingüísticas y poéticas, de la expresionista y hasta las esferas de la realidad tan penetrantemente exploradas por ella, y ésta por su parte podría recobrar, con el retorno a la existencia social, la sangre y la dramática peripezia vital.

(Tomado de "CUADERNOS DE LAS FACULTADES: Facultad de Filosofía, Letras y Educación". Editado por la Oficina de Información y Publicaciones de la Universidad de Panamá. Impreso en la Imprenta Nacional, Agosto de 1960. Páginas 10 a 15)

De Bernal Díaz a Rubén Darío

Uno de los más importantes y hermosos hechos históricos que puedan examinarse es el que constituye los esfuerzos de los escritores de América para brindar una manifestación plena de su vario y dilatado mundo a través de cuatro siglos.

No tengo la pretensión del rastrear a lo largo de tan extenso período la elevación de la expresión literaria de América y su grado de fidelidad y eficacia. Pero sí decir lo indispensable para insertar el modernismo en el proceso, medirle su porción de responsabilidad y de lealtad en la conquista de nuestra expresión.

El testimonio de la literatura americana hay que admitirlo en una doble vertiente como cuestión de necesidad y como cuestión de voluntad. Y siempre en el fondo de ambas cuestiones, estará palpitando la menor o mayor distancia de los autores al entendimiento y a la interpretación de nuestras realidades.

Desde el instante del descubrimiento, en la obra de los cronistas que recogieron la experiencia de este amanecer histórico, lo americano se muestra como un hecho, como una necesidad que determina una postura nueva.

Una ancha avenida de literatura americana de segura valía como testimonio, aunque no alcance la altura de la peninsular como labor creadora, corre desde el *Diario* de Colón a la *Alocución* de don Andrés Bello. Un mundo nuevo y maravilloso contemplado por un grupo de hombres hechos en una tradición cultural poderosa y dueña de un instrumento eficaz tenía que producir una obra históricamente

importante. Es incuestionable que América inspira desde sus días coloniales a escritores destacados. Después del caso ilustre de Ercilla se puede señalar con orgullo la lírica de Valbuena, la impresionante integración de los "Comentarios Reales", la fuerza americana de algunos momentos de Pedro de Oña y el milagro de Sor Juan Inés. Pero esta literatura colonial se tiene como porción de la española, como es parte de España la tierra que la produce. España y sus colonias americanas son partes de un cuerpo social. Los escritores van y vienen por los ámbitos de este mundo como viajeros de los mismos caminos. Escritores de mucha monta en la literatura peninsular como Tirso y Mateo Alemán, vienen a América y autores americanos como Alarcón producen en la metrópoli o como el Inca Garcilaso se funden definitivamente a la vida peninsular. Todos se sienten partícipes de una sola y misma obra. Todos se sienten responsables de un común destino de cultura.

No obstante la verdad incontrovertible de las anteriores afirmaciones, esta producción colonial es distinta a la peninsular en sus obras cumbres; en otras palabras es literatura americana. No importa el lugar de nacimiento del autor; la realidad americana se impone lo mismo. Estas regiones nuevas dan a los escritores que pasan a tierras de reciente conquista imágenes y colores, y quizá entre todos no haya ejemplo más alto que el de Bernardo de Valbuena, de quien Menéndez y Pelayo afirma "que hasta por las cualidades más características de su estilo es, en rigor, el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza".

Si la literatura de este lado de América no produce obras de similar excelencia y volumen al de la peninsular a pesar de que el florecimiento de la literatura española se produce simultáneamente a la integración del mundo colonial americano y pasan a ese mundo hombres de comparable formación a la de los más altos creadores de España, se debe a las razones aducidas por Pedro Henríquez Ureña en su enjundioso libro "Las Corrientes Literarias en la América Hispana", pero sobre todo al carácter que la conquista y la colonización imprimen a la vida de América. El poder español se asentó en estas tierras por la fuerza y en virtud de una ocupación militar, con lo que el mundo que quedaba bajo su voluntad no se tenía como objeto de superación, sino de aprovechamiento. Este mundo tuvo que responder a su nacimiento y naturaleza. Era un mundo supeditado a otro, en otros términos un mundo colonial. Ello colocaba la importancia esencial de la vida social en una explotación genérica, en el sometimiento global de todo un continente a las conveniencias de una metrópoli lejana.

Quizá ningún momento histórico prueba mejor que el caso americano que la excelencia y singularidad de la producción literaria, como conjunto, se acendra en el ímpetu de justicia colectiva. Para que este ímpetu cree una literatura superior es necesario que cuente con fundamento considerable y una firme claridad de propósito. Cuando concurren ambas cosas la literatura adquiere de inmediato fuerza y elevación. Por únicos que fueran los ingenios de los tres primeros siglos coloniales su producción no respondía a un impulso engendrado por ellos mismos, no se basaba en sentimientos colectivos ni era proyección directa de ellos.

Tan pronto se dieron las dos cosas, se inició una obra literaria americana de alta calidad no solo por lo ilustre de sus cultivadores sino por el sentido nacional que la trascendía, y no hay que olvidar que en las personalidades primordiales que comienzan esta peculiar etapa se aglutinan las características de libertadores políticos y libertadores literarios.

Descontados casos aislados como el del centro-americano José Cecilio del Valle, son las tierras del sur las que presentan los primeros intentos persistentes de emancipación literaria. Esta empresa la lleva a cabo el romanticismo, y es en el sur donde el movimiento innovador alcanza sus triunfos firmes y de valor con Esteban Echeverría, que escribe, dos años antes que Angel Saavedra, el primer libro romántico de América.

Es cierto que don Andrés Bello es el primero que lanza el primer grito de independencia literaria:

Divina poesía
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena.

Pero sin negar que Bello se identifica con los primeros románticos en cuanto a la declamación entusiasta y el amor a lo propio, nadie duda que si es el primero en indicar la necesaria autonomía, no llega a ser, como sus contemporáneos románticos, el más caracterizado ejemplo de predicación.

De hecho el romanticismo no tiene el mismo sentido ni los mismos caracteres en los distintos países; por eso se manifiestan en un entrecruzamiento los impulsos progresistas y los de retraso. La acometida renovadora que embiste contra la norma clásica quiere ensanchar el campo de la libertad y de la igualdad humanas. La mirada ha-

